

EN ESTE NUMERO:

- EN BUSCA DE LA NUEVA FIGURA DEL SACERDOTE, por Mons. José Delicado, obispo de Tuy-Vigo (pp. 5-7).
- EL MINISTERIO LITURGICO DE LA MUJER, por Pedro Fernández, O. P. (pp. 9-12).
- AMSTERDAM, CONGRESO DE CRISTIANOS SOLIDARIOS, por Víctor Manuel Arbeloa (pp. 15-17).

PERPLEJIDAD

21 DIC. 1970

Si hay algo que envidiemos de veras en la Redacción de INCUNABLE es la seguridad de muchos de nuestros comunicantes. Mientras nosotros nos movemos en la angustia de saber algo cierto, hay comunicantes para quienes la actual situación no tiene dificultad alguna. Para unos, inmovilistas, porque bastaría haber dejado las cosas como estaban. Todo iba bien y sólo la malicia de los hombres ha podido turbar la idílica paz de que disfrutábamos. Los cambios que está sufriendo la Sociedad no son nada. La Iglesia debió ignorarlos, y con haber seguido como siempre nos habríamos ahorrado todos la serie de sinsabores y de dificultades que sufrimos. Para otros, progresistas, todo va a estar mejor. Un cadáver hecho un guiñapo en las alamedas de Berlín o un campo de concentración en Cuba no son nada que merezca tenerse en cuenta y la libertad sindical es algo que puede pedirse en unos países, pero que ha de silenciarse cuidadosamente en otros. En medio estamos quienes queremos conservar el sentido común y juzgar con unos criterios realistas, que al mismo tiempo estén enraizados en el Evangelio. Y estamos perplejos.

Perplejos porque destruir sí es muy fácil. Nos sobra facilidad de pluma para montar unas cuantas ironías sangrientas sobre la realidad que nos circunda. Podríamos prestar a otros, con abundancia ilimitada, frases redondas que socavaran los fundamentos mismos de la Iglesia y de la Sociedad, y mucho más fácilmente todavía podríamos poner en ridículo a sus esforzados defensores. Pero un sentido elemental de la responsabilidad nos impide hacer de aprendices de brujo y desencadenar algo cuyas consecuencias son absolutamente imprevisibles.

Decimos esto al cerrar este número, y pensamos en los viajes del Papa. ¡Qué fácil decir que no, que no debe exponerse el Papa a la frialdad de un viaje a Ginebra, donde la Europa de los desplazamientos cómodos le ignoró por completo, donde un Jefe de Estado le dio un plantón, donde el Consejo Ecuménico le hizo una recepción helada! Pero no menos fácil decir no a los viajes clamorosos, donde le rodea el olor de multitud, donde el entusiasmo estalla clamoroso... Si lo primero, mengua su dignidad y sufre su prestigio. Si lo segundo, es triunfalismo y algo que no queríamos. Si va a Filipinas, consolida un régimen reaccionario, y hay que reprochárselo. Si en lugar de ir a Taipeh va a Hong Kong, brinda un tanto a la China roja. Haga lo que haga, estará mal. No habrá fórmula que pueda satisfacerlos. No queda otro recurso que criticar.

Lo decimos también a propósito de la reciente conferencia episcopal. Si eludiendo las cuestiones concretas se redacta una declaración doctrinal de amplios vuelos, hay que gritar porque se marginan los problemas más concretos y se huye al terreno de lo puramente teórico. Pero si se dedica una conferencia a los

problemas que están planteados hace tiempo y cuya resolución urge, hay que alzar la voz porque el Episcopado español no tiene la altura de otros del extranjero y sus reuniones resultan pobres, ya que se limitan a ir dando curso a cuestiones sin trascendencia doctrinal.

Si de las relaciones entre la Iglesia y el Estado se tratara, hay que lanzar las campanas al vuelo cuando la Santa Sede llegue a un acuerdo con Yugoslavia, pero se ha de adoptar una actitud de censura si ese acuerdo se logra con cualquier otro Estado.

Si el secretario del partido comunista francés, en unas declaraciones a «La Croix» dice: «No queremos crear ilusiones sobre este punto: entre marxismo y cristianismo no hay conciliación teórica posible, no hay convergencia ideológica imaginable», hay que atenerse al entusiasmo marxista de las revistas católicas más en punta del momento, olvidar esas declaraciones y renegar del antimarxismo de todos los partidos socialistas de Europa para admirar los logros del partido único, la policía política y demás manifestaciones «democráticas».

¿Qué hacer en esta confusión? ¿Tan sólo ironizar? ¿Enquistarnos en una posición negativa? ¿Llorar estérilmente? No, y mil veces, no.

Hay que hacer un acto de fe en la «Santa Iglesia hierárquica», que diría San Ignacio, y respaldar la actitud y los gestos de Pablo VI: Hay que ratificarse en la esperanza en Jesucristo, auténtico protagonista de la Historia, no sólo cuando ésta se presenta clara, sino muy principalmente cuando se ofrece como oscura y complicada. Hay que poner en pie la caridad para comprender la inmensa buena voluntad que se encierra en todas esas actitudes, para hacerse cargo del inmenso amor a la Iglesia que hay en las actitudes inmovilistas, en el aplastante amor hacia los hermanos que se encierra en las actitudes progresistas, en lo que de saludable revulsivo, en lo que de inconformismo de buena ley está oculto detrás de expresiones, que podrán no ser acertadas, pero siempre son simpáticas por inclinarse hacia los más necesitados e indefensos.

Pero sobre todo hay que hacer un acto de humildad. Al menos nosotros queríamos hacerlo y muy sincero. No alcanzamos a ver claro. Los nervios andan sueltos, las actitudes están exasperadas. El remanso de paz que antaño era el magisterio eclesiástico anda también revuelto. Que al menos todos sepamos reconocerlo y buscar la verdad con humildad, con clara conciencia de nuestras limitaciones. Y que esto nos lleve a una actitud de nítida aceptación de las enseñanzas pontificias. Porque, lo confesamos, entre tanta perplejidad, en INCUNABLE sólo nos consuela ver que nuestra posición coincide con la del Romano Pontífice. Es nuestro único consuelo, pero un consuelo... ¡radical!

INCUNABLE